



TU PIEL
DE AZÚCAR

ENCARNA
MAGÍN

Tu piel, 3

zafiro

TU PIEL DE AZÚCAR

Encarna Magín

Índice

[Tu piel de azúcar](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Biografía](#)

[Referencia canciones](#)

Sinopsis

Varek Farrow y Mady Wilson no lo van a tener fácil para salir adelante. Él se enfrentará a una acusación de asesinato; ella, al odio visceral de Rebeca, cuyas intrigas provocarán dolor, no sólo a la pareja, sino a las personas que los rodean. Su amor deberá superar duras pruebas, provocadas por los engaños y las manipulaciones de los Holden y los Hernández, que convertirán sus vidas en un infierno teñido de sangre.

El futuro de Mady y Varek es incierto, el desenlace se acerca, y tal vez la verdad no sea suficiente para alcanzar la felicidad.

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Capítulo 1

Había amanecido en Miami. No era un amanecer cualquiera, de esos amaneceres donde la esperanza, fraccionada en miles de rayos de sol, asomaba por las ventanas de los hogares besando a sus habitantes con verdadera devoción. La felicidad había hecho la maleta y había huido espantada como nunca antes debido a los últimos acontecimientos. Su equipaje eran semillas de promesas; se las llevaba lejos, pues bien sabía que necesitaba de tierra fértil para que brotaran. Ahora, en su lugar, había aparecido la maldad, que había sido recibida como una estrella de cine, entre los aplausos de sus vasallos y fans terrenales. Sus intrigas, urdidas a la sombra, habían cuajado, y Miami, una ciudad acostumbrada a no sonrojarse ante nada, parecía haber enmudecido debido al impacto de tanta injusticia, que se olía en el ambiente como si se tratara de la podredumbre de un vertedero.

Mady Wilson y Varek Farow salían en todos los noticieros. Los periódicos estaban imprimiendo succulentos artículos en los que las especulaciones sin contrastar cubrían páginas enteras. A esas horas de la mañana, ya todos contenían la respiración esperando el siguiente avance informativo. La pareja estaba en comisaría prestando declaración sobre el asesinato de Roger Harmond, al que apodaban Shark, no sin razón. No hacía falta ser muy listo para saber que durante días, meses o quizá incluso años, ríos de tinta mantendrían a la ciudad en vilo y exigiendo saber los detalles

más escabrosos. Los *paparazzi* venidos de muchos lugares, muertos de hambre por saber más que ningún otro medio informativo, preguntaban frente a la comisaría a fuerza de empujones y zancadillas, con el fin de hacerse con una exclusiva que les permitiera adelantarse a la competencia.

De modo que nadie se escandalizó cuando una masa de carne con muchos brazos en alto, que agarraban móviles, cámaras o cualquier dispositivo que les permitiera grabar, avasallaran con total impunidad a todo ser viviente que quisiera entrar o salir de la comisaría. Cualquier cosa servía: una palabra, una frase, una imagen reveladora, una mueca, un insulto... Ellos se encargarían de tergiversarlo según su conveniencia, aunque fuera añadiendo alguna mentira. Cualquier cosa valía si aquello les permitía mantener a su audiencia entretenida y engañada.

«No hay sociedad que se precie como tal que no quiera ver en primera fila cómo se despedaza a una víctima, tal como hicieron otrora los romanos en los circos con gladiadores. Cuanta más sangre, más divertido, más audiencia, más ventas de revistas y diarios. Tantos años de evolución para estar como entonces... Si es que nunca cambiaremos», así de frustrado meditaba Daniel Baker mientras dirigía una mirada plúmbea hacia el exterior. El espectáculo que representaba ver aquella marea de *paparazzi* y curiosos comportándose como verdaderos salvajes era vergonzoso, y sintió una profunda tristeza.

Hacía ya horas que habían detenido a Mady y Varek, que llegaron a la comisaría en diferentes coches a fin de que no se comunicaran entre ellos. Con ello, los investigadores habían querido evitar que se pusieran de acuerdo en la narración de los hechos. En realidad, siempre procedían de la misma manera, porque era mucho más fácil coger a

los delincuentes cuando se detectaban fisuras en sus declaraciones. Pero no había sido el caso de Varek y Mady, que habían sido interrogados por separado y ella no había hecho ninguna declaración. De nada había servido que la intimidaran, ya que de inmediato reclamó un abogado. Por suerte, Daniel era abogado y se estaba haciendo cargo de la defensa de Mady, solicitando su inmediata puesta en libertad. Como no tenían cargos contra ella, el trabajo fue fácil. No fue así el caso de su amigo y socio Varek, que se negó en rotundo a que lo representara.

Daniel aguardaba en la zona de espera de la comisaría, que estaba en el fondo. El lugar no era cómodo, y mucho menos acogedor, aunque tampoco esperaba otra cosa. Las sillas de plástico eran duras como la piedra y crujían cada vez que se removía nervioso, un sonido que resultaba desagradable tanto para él como para los demás que estaban allí sentados. Acababa de fumarse un cigarrillo, y esta vez no había sido un acto placentero, sino que le había dejado un sabor amargo en la boca. Era el amargor típico que dejaba la bilis, después de ascender desde el hígado a la garganta, consecuencia de la impresión de ver a sus amigos detenidos por un crimen que ninguno de los dos había cometido. Si una cosa tenía clara, tan clara como el agua, era que ellos no eran unos asesinos, apostaría su cuello; y le dolía en el alma que alguien pudiera pensar lo contrario.

Mady había ido al baño y a Varek aún lo estaban interrogando, y considerando que se había declarado culpable del asesinato de Roger Harmond, no le extrañaba. Varek no era estúpido; a esas alturas ya debía dar por sentado que lo acusarían formalmente de asesinato, motivo por el cual no entendía su comportamiento o, mejor dicho, no entendía su estrategia. De hecho, sospechaba que pretendía mante-

ner a Mady a salvo, pero los dos eran abogados y bien sabía que una buena defensa lo era todo. Dadas las circunstancias lo mejor sería que llevara su caso, pues dos cabezas sumaban más que una sola. En cualquier caso, intuía que se estaba sacrificando por ella, aunque le costara permanecer en la cárcel el resto de la vida, o peor todavía: que lo condenaran a pena de muerte. Era tan grande y sincero el amor que sentía por Mady que estaba seguro de que su amigo consideraba que perder la vida era poco sacrificio.

Mady ejercía una influencia poderosa en Varek, una bendita influencia. Desde que la conociera en el Crystal Paradise nunca más había sido el mismo. Su historia de amor no empezó muy bien: él se aprovechó de la desesperación de ella utilizando su condición de hombre rico y poderoso. Se salió con la suya mintiendo y manipulando, pero todo junto le acabó estallando en la cara y aprendió una lección que lo había marcado para siempre.

En fin..., no se quedaría de brazos cruzados. Por nada del mundo dejaría que su amigo acabara en prisión; ya averiguaría más sobre su plan de defensa en cuanto pudiera hablar con él. Entonces, lo convencería para llevar a cabo una estrategia; de hecho, es algo que hacían a diario en su bufete Farrow & Baker Lawyers de Nueva York, ellos se crecían con los casos complicados. No era casualidad que Varek y él tuvieran fama de ser los mejores abogados del país, formaban un tándem indestructible y estaban acostumbrados a lidiar con cualquier cosa.

El letrado miró su reloj. Los minutos parecían hacerse eternos, tenía la sensación de que cada segundo era una espina clavada en el cuerpo. Ya era de día, pero el nuevo amanecer no había traído consigo la tranquilidad que conllevaba una nueva jornada, sino todo lo contrario, ya que

los problemas irían en aumento a medida que pasaran las horas. Se lo decía su intuición, esa misma de la que siempre había alardeado. Nunca nada escapaba a su mirada, era capaz de ver más allá de las palabras, un rasgo de su personalidad que Varek le admiraba.

Daniel vio aparecer por el pasillo a Mady, que regresaba del baño. Su mundo interior se apiadó de ella, y la rabia por la injusticia que se estaba cometiendo contra sus amigos le dio un latigazo. Mady llevaba todavía puesto el vestido negro de fiesta de la noche anterior, pues la detención se hizo en la inauguración de El Iber de Manuel y Mercè. Tal como iba, desentonaba en un lugar como aquél, pero no le habían dejado cambiarse. Su recogido empezaba a desmoronarse y las hebras pelirrojas más rebeldes caían siguiendo el contorno de las mejillas, pero aun así, continuaba estando hermosa. Sus párpados abiertos enseñaban unas esferas acuosas en exceso, y en sus pupilas casi podía ver cómo su alma iba a la deriva; tuvo claro que había ido al baño a llorar. Ella era el reflejo de la desolación en toda su plenitud.

—¿Estás bien? —preguntó el abogado al tiempo que se levantaba.

Pronto se dio cuenta de lo estúpido de su pregunta, claro que no estaba bien. ¿Cómo iba a estar bien después de lo que había pasado?

—Sí... —contestó la mujer.

Fue un «sí» con sabor a «no». Llevaba en su interior un disgusto íntimo que iba mucho más allá del dolor físico. No. No estaba bien. Estaba rota y perdida, y no entendía qué estaba sucediendo, el porqué de todo. En su boca se había adherido una costra alargada de dolor que le impedía sonreír.

—Mady... —susurró Daniel con pesar mientras la abrazaba.

Ella no tardó ni un segundo en derrumbarse. Ya hacía demasiadas horas que aguantaba su tristeza en su corazón y acabó por salir a chorros. Y lloró, lloró tristeza, tanta tristeza que al letrado, contagiado por ese pesar que los rodeaba como aliento oscuro, se le escapó una lágrima que se apresuró a limpiar disimuladamente.

—Y de Varek, ¿sabes algo? —preguntó ella, en sus ojos grises había toneladas de tristeza.

Daniel negó con la cabeza al tiempo que le contestaba.

—No, no sé nada aún.

Le entregó un pañuelo, que ella utilizó para limpiarse las lágrimas recién derramadas. Dicen que cuando se vacían los ojos de tristeza se abre paso al alivio; no fue así para Mady, que lejos de sentir calma, notaba cómo nuevas lágrimas nacían en lo más hondo de su ser.

—Y si lo acusan de asesinato, ¿qué vamos a hacer? —preguntó ella con voz temblorosa.

La dura realidad la empujaba a pensar que las esperadas noticias no fueran las deseadas y significaran un cambio de la situación a peor.

—No pienses en eso, ya verás como todo se arregla —predijo a la desesperada el letrado.

—¿Tú crees?

—Quien no tiene fe, no tiene nada. La fe puede con todo. No pierdas la fe, Mady.

La chica se llevó la mano a su colgante redondo de oro donde había una sirena burilada por las manos de un maestro. Acarició la superficie y apreció la silueta; ya a esas alturas sus yemas habían memorizado las líneas y curvas, pues durante todo el tiempo que había estado en comisaría, no

había dejado de tocar la joya con intención de fortalecer su fe, la misma fe de la que hablaba Daniel. La joya se la había regalado Varek, y no quería olvidar que sus brillos dorados contaban una historia de amor tejida de lágrimas y sonrisas. Era su amuleto, capaz de insuflarle fuerzas, que buena falta le hacían; notó cómo el alma de él tocaba la suya propia y se sintió revivir.

Se sentó en la silla y alargó la mano a su vientre, lugar donde estaba alojada la semilla del amor y del futuro. Todo junto se había materializado en un embrión, cuyo pequeño corazón latía con esperanza. A su pequeñín se agarraría para salir adelante; él, con la fuerza que daba la vida, la sostendría segura en un abrazo enorme. Con eso había más que suficiente para no hundirse. Varek no sabía que iba a ser papá, el motivo de su decisión no había sido otro que darle una sorpresa en el momento adecuado, como si se tratara de una ofrenda al amor que se profesaban. Había decidido que fuera después de la inauguración y había planeado una velada íntima en su habitación. Aún sobre la almohada debía estar la cajita con la foto de la ecografía del bebé en su interior. No obstante, el amargo destino se había confabulado en su contra y nada había salido como había previsto. Ahora no sabía qué haría, ni cuándo se lo diría. Primero había que saber si lo acusaban o no de asesinato; no podía darle una noticia tan importante en tales condiciones y en un lugar como éste.

La mujer sacudió la cabeza. Le dolía el cuerpo, el alma, el corazón... y tenía sueño, pero sabía que si se metía en la cama le sería imposible dormir. De pronto se acordó de sus amigos, éstos estarían preocupados, de modo que se dispuso a averiguarlo antes de hacer llamadas.

—Y Cam, ¿has podido hablar con ella?

—Está en casa —aclaró Daniel sentándose al su lado—. No te preocupes, la voy informando por WhatsApp, y a su vez ella mantiene informada a Sofía.

—Mercè y Manuel también deben de estar preocupados, ¿les has dicho algo?

—Los llamé hace un rato para hacerles saber que tú quedabas libre. Les prometí que en cuanto tuviera noticias de Varek los volvería a llamar.

—Está bien, te doy las gracias por...

El letrado la interrumpió.

—No me des las gracias, tú hubieras hecho lo mismo.

Ella suspiró.

—Estaba preocupada por ellos, también quiero agradecerte que me hayas defendido ante los que me acusaban de ser una asesina.

—Repito, no hay nada que agradecer —confirmó posando su mano sobre la de ella en un gesto de afecto.

En aquel momento, Ben Willis, el inspector que llevaba la investigación del asesinato de Shark, salía de la sala donde estaba Varek. Ben era un hombre bajito de mediana edad, pelo castaño y mirada del mismo tono. Tenía un punto de delgadez que acentuaba aún más su corta estatura, por lo que siempre recurría a un sombrero panamá para ganar unos centímetros visualmente. En general, en los lugares cerrados, como por ejemplo en el trabajo, prescindía de su sombrero, pero como Varek era tan alto, había decidido llevarlo puesto por aquello de sentirse ridículo y poca cosa frente a un hombre que representaba la perfección de la belleza masculina.

En realidad, admitía que hubiera querido ser más guapo y alto para agradar al sexo femenino. Más o menos había superado su «defecto», pero siempre había hombres como

Varek que le recordaban que, tal vez, estaría casado y con hijos con una «fachada» diferente.

El inspector había pedido a Ronald, su amigo y compañero, que lo esperara en el baño. No era el lugar idóneo para mantener una rápida reunión, pero al menos allí no había micrófonos, ya lo había revisado. Dada la naturaleza delicada de la entrevista que había mantenido días antes con la gobernadora exigiéndole que detuviera a Mady y la acusara del asesinato de Shark, no se fiaba de nadie, sólo de Ronald.

De camino al baño, Ben oyó unos tacones que caminaban precipitados hacia él, y al girarse se encontró con Mady, que lo había visto nada más salir de la sala de interrogatorios y, llevada por la necesidad de saber de Varek, había asaltado al funcionario con desesperación. Ben contempló la silueta femenina iluminada por el foco del techo que había detrás de ella. Su pelo lanzaba destellos rojos y su piel nívea quedaba blanqueada y repasaba el contorno de la mujer de manera espectacular, dotándola de una áurea sobrenatural. Realmente hubiera tenido el aspecto de una diosa si no hubiera sido por su mirada color plata, que desprendía un efluvio derrotista, y unos labios apretados que temblaban de miedo. Toda su persona revelaba que estaba más cerca del precipicio que de la salvación.

Pero incluso abatida en lo más hondo de su interior resultaba el ser más encantador que hubiera conocido en su vida, porque aunque pareciera mentira, él percibía el poso de la bondad que se alojaba en el corazón de la muchacha como algo extraordinario. Siempre había sido del parecer que las mujeres eran seres misteriosos difíciles de comprender. No obstante, intuía que todo en Mady parecía confesarle que ella era clara como el agua, que no había secre-